

Bibliografía

a) Libros presentados

J., Rigal, *Le courage de la mission*. Laïcs, religieux, diacres, prêtres. Cerf, Paris 1985, 192 pp.

«Le courage de la mission» es uno de los libros que hay que leer; y que satisface leer; porque sitúa bien las cuestiones; porque impulsa a pensar; porque remite a la acción.

El título sintetiza bien el contenido y la orientación del libro: hay que recuperar el coraje de la misión, esa misión que constituye la identidad cristiana en el mundo, frente al mundo y para él.

Parte de una exposición muy sintética, pero muy clara y adecuada (cc. 1-2), de los planteamientos y etapas por los que ha pasado, en Francia, el lenguaje y la comprensión de la misión, desde «las misiones» a tierras de paganos para plantar la iglesia, en la época de cristiandad, hasta el momento actual en que la Iglesia se encuentra en diáspora en el mundo y en el que se subraya la alteridad (en el mundo pero no del mundo) y se concibe la misión como una comunicación valiente del mensaje, del evangelio. A esta época se ha llegado después de haber pasado por el anhelo de conquista del mundo para hacer frente a la descristianización, y de haberse complacido, en los tiempos postconciliares, en la contemplación de los signos de los tiempos concibiendo a la Iglesia más como *signo* que como *actora* de la salvación (las dos dimensiones del «sacramento»).

En el cap. 3 se expone la urgencia de la corresponsabilidad dentro de la Iglesia como la única alternativa para la misión, analizando sus fundamentos bíblicos, eclesiológicos y sacramentales y viendo en los «consejos pastorales» el lugar adecuado de verificación de la misma.

En el cap. 4 precisa el concepto de ministerio distinguiéndolo del de servicio y tarea para explicar cómo en la realidad de los ministerios se juega el futuro de la Iglesia en cuanto que el ministerio es fundamentalmente, a la vez que un recuerdo del origen de la comunidad cristiana en la acción de Dios en Cristo, un servicio a la misión esencial de evangelizar, que constituye la identidad de la Iglesia, su razón de ser en el mundo. En este sentido, el ministerio no puede ser concebido nunca como un simple servicio intraeclesial, de atención o funcionamiento de la misma comunidad.

Los capítulos 5-8 tratan de cada una de las distintas vocaciones eclesiales, explicando la especificidad de cada uno de los grandes núcleos vocacionales que figuran en el subtítulo: laicos, religiosos, diáconos y presbíteros.

El último capítulo, «pertenecer a la Iglesia», ofrece un encuadre, dentro de la comunidad cristiana y de su misión, de todos esos hombres y mujeres de buena voluntad que, sin estar explícitamente en la Iglesia, son cristianos de corazón, y cuyo objetivo existencial es hacer obra de justicia, de libertad, de paz, de misericordia, es decir, construir el reino de Dios en la historia.

Las dos líneas básicas del pensamiento del autor son las siguientes: la primera, la de la *corresponsabilidad de la misión*: todos los cristianos tienen como identidad teológica, en la línea de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, el ser enviados. Todas las vocaciones no tienen otra razón de ser que evangelizar. Y el servicio de cada una es complementario del de las otras. Por eso el autor expone la especificidad de cada una de ellas. Y ésta es la primera novedad.

Porque abundan los libros sobre los laicos, son muchísimas las «teologías» de la vida religiosa o los tratados sobre el ministerio sacerdotal, comienzan a publicarse estudios sobre el diaconado. Pero pocas veces se exponen juntas, como vocaciones-misiones dentro del proyecto de la gran misión que es llevar el evangelio a los hombres. Aquí se exponen, pero sin confundirlas, señalando la especificidad de cada una de ellas como servicio distinto a la misión única.

Al tratar las cuatro dentro de un único volumen, el tratamiento resulta obligadamente sintético, atendiéndose a lo esencial, a eso que constituye precisamente la especificidad de cada una.

En el laico se subraya su carácter secular, su inserción en lo temporal, como encarnación de la Iglesia llamada a ser fermento evangélico en el mundo. «De la misma manera que la misión de la Iglesia incluye una relación específica a la secularidad, así también los laicos, miembros del pueblo de Dios (identidad cristiana) y miembros de la sociedad humana (identidad secular), viven una relación específica a las realidades temporales» (p. 97).

En los religiosos, su misión de ser signos de la santidad de la iglesia, del Reino escatológico, de las Bienaventuranzas no como monopolizadores de esas realidades sino como lugares existenciales personales en los que se acentúan y condensan esas realidades que son comunes a todos. Y su misión de ser testigos del Absoluto de Dios, de los dinamismos que construyen la comunidad cristiana, de la prioridad del ser sobre el tener, de la disponibilidad total al evangelio, de la trascendencia de la comunión para los hombres, del carisma apostólico del propio instituto.

En los diáconos, la encarnación sacramental del ministerio del servicio (diakonía) de Cristo, realizándose en el servicio de esa comunidad cristiana que quiere hacerse presente entre los no creyentes, entre los pobres-marginados sociales.

En los presbíteros se subraya muy adecuadamente su condición de ser sacramentos personales del Cristo Pastor, que presiden a la comunidad en su nombre, que recuerdan-significan sacramentalmente el origen de la comunidad en el amor del Padre en Cristo, servidores de la comunión, concretada en la palabra, la liturgia, la dirección de la comunidad.

La segunda línea, el «coraje de la misión». El autor se preocupa de hacer salir a la Iglesia al campo de la misión, de hacer comprender las vocaciones, como servidoras de la misión, de ponerlas en pie de evangelización. Le preocupa el espectáculo ordinario de una Iglesia dubitativa, temerosa, que se refugia en sí misma, de unas vocaciones concebidas como refugio, como seguridad, enclaustradas en el disfrute y fomento de una relación intimista con el Señor. La perspectiva que ofrece es de éxodo, de proclamación, de comunicación, de «enfrentamiento» con el mundo, aunque sin las connotaciones de las épocas de conquista, de conciencia y proclamación de la propia identidad.

El libro, por lo mismo, es dinámico. No es un tratado, no es la suya una teología estática, dogmática, conformista. Es existencial, impulsora a la acción, misionera. Como termina el autor su obra, «la misión, hoy como antaño, pero quizá más que en algunas épocas, exige coraje... Nuestra Iglesia no está sin defectos, pero no por eso deja de ser enviada. Esto es, de hecho, el fundamento mismo de la Iglesia, sacramento de la presencia de Dios entre los hombres... La misión no se conjuga nunca con el miedo. Consiste en salir, en partir, en responder a una llamada que viene de fuera. En este sentido, la afirmación de la identidad cristiana no está en el recuerdo de los orígenes ni en el calor de las exhortaciones sino en la aventura evangélica que se acepta correr. Lo que más pone en peligro a la Iglesia no es el debilitamiento de sus instituciones, sino el peso de sus miedos y el desabrimento de su impulso misionero» (pp. 187-188).

Libros como éste están necesitando tantas personas inquietas, de a pie, que andan buscando trabajar en la viña, preocupadas más por hacer la Iglesia y difundir el evangelio que por las ventajas de saberse privilegiadas con una vocación de santidad o de perfección. Y aunque el libro se centra en la Iglesia francesa el análisis y las perspectivas parecen válidas para todas nuestras iglesias, especialmente las de las viejas cristiandades, que en otra ocasión hemos calificado como iglesias tentadas de acomodación.— *Luis Rubio Morán*.